



Capítulo 397 - No estoy muerto.

El sonido de las hojas secas susurraba como antiguos lamentos, barridos por el viento de cenizas que nunca dejaba de soplar en ese rincón olvidado del Inframundo. Árboles retorcidos, con ramas como garras negras, tocaban el cielo escarlata como si intentaran destruirlo. El bosque viviente no estaba destinado a ser bienvenido. Existía para esconderse.

En el corazón de ese laberinto de sombras y murmullos, un claro natural pulsaba con extraña energía que emanaba de él. Una cabaña acogedora y bien iluminada, una hoguera y, por supuesto, algunos árboles vivos que hacían el ambiente mucho más animado.

Allí, Zuri descansaba en un círculo mágico, con su nuevo cuerpo envuelto en capas translúcidas de jade y energía espiritual. Tenía los ojos cerrados, pero no dormía—estaba meditando. Reconstruir. Resistiendo.



En el lado opuesto del círculo, Artemisa observaba en silencio, con los brazos cruzados y sus ojos dorados reflejaban la luz verde y negra del bosque. A diferencia de la mayoría de los seres del inframundo, Artemisa era una presencia silenciosa, firme pero no fría. Su forma parecía bailar entre lo real y lo etéreo — como una sombra decidida a tener voluntad propia.

"Debo admitirlo..." rompió el silencio suavemente pero sin delicadeza "...Estoy realmente contento con lo mucho que has evolucionado. Aunque lleve tiempo, tu cuerpo vuelve a ser tuyo."

Zuri abrió los ojos lentamente. Su mirada era aguda, vidriosa, como la de una serpiente antigua que había aprendido a sonreír. Sus nuevas piernas se movían suavemente, como si siempre le hubieran pertenecido, pero aún con el peso de algo recién nacido.



"Vergil no existe desde hace días", añadió Artemisa, caminando lentamente alrededor del círculo. "Se está ahogando en sus propios demonios, como siempre. Y me pregunto si siquiera se da cuenta de que todavía llevas un agujero en el pecho que ni siquiera este cuerpo reconstruido puede cerrar"

Zuri dejó escapar un suspiro. Su voz salió baja, ronca, como si resonara en la tierra.

"Él no lo sabe. "No hay manera de que él pueda entender algo que no sabe", miró sus propias manos, nuevas, pero con el peso de los recuerdos demasiado viejos. "Pero al final... incluso si lo supiera... no entendería como tú."

Artemisa no respondió de inmediato. Ella simplemente dejó de caminar, mirando el bosque como si viera algo que Zuri no vio.

"Mi hermana..." dijo, casi con desdén, "no estará feliz cuando descubra que estás vivo. Y funcional. Y luciendo tan... refinado."



Zuri soltó una risa baja y sin humor. Su cuerpo espiritual parpadeaba en suaves ondas de energía roja y dorada. A su alrededor aparecieron serpientes astrales, enrollándose alrededor de su piel como tatuajes vivos. Sus ojos brillaban intensamente, como brasas sumergidas en lágrimas antiguas.

"¿Crees que me importa?" Ella levantó su rostro hacia el cielo antinatural del bosque. "Esa perra me dejó pudrirme. Ella me dejó morir. Y aún así... ella todavía tenía la audacia de llevar mi cabeza en un maldito escudo como un trofeo."

Artemisa simplemente observó, impasible. Pero el aire a su alrededor temblaba ligeramente con la ira contenida de ambos.



"Ella no sabía en qué te convertirías", comentó en voz baja. "Y, sinceramente, yo tampoco. Pero cuando sentí que tu alma salía de ese avión, hice lo que pude. Salvé tu esencia... y la aprisioné en forma espiritual. Era la única manera."

Zuri la miró durante mucho tiempo. Su rostro contenía gratitud, dolor y una furia que nunca se desvanecería.

"Me convertiste en un espíritu. Un eco. Y ahora... Voy a volver. Todos los días. Cada célula. Cada mechón de cabello... Lo siento. El yo que morí está renaciendo. Y esta vez..." su voz cambió, volviéndose más densa, más profunda"...no habrá cadenas. No tengo piedad si encuentro a esa perra repugnante."

El silencio volvió a caer, pesado como las raíces del bosque.

Artemisa finalmente sonrió, pero fue una sonrisa contenida, como si ocultara un pensamiento más profundo. "Tengo curiosidad por ver qué harás cuando la encuentres de nuevo"



Zuri le devolvió la sonrisa—el suyo, sin embargo, era agudo. Tenía veneno en los labios y una herida mal curada en los ojos. "No necesito buscarla..." Cuando sienta que estoy vivo, vendrá sola. Y ella no vendrá sola... Ellos vendrán."

Artemisa cruzó los brazos, mirando el horizonte rojizo del inframundo, como si pudiera ver mucho más allá de las rocas y la niebla. "Eso es muy probable. No sé exactamente cuánto te odia todavía mi hermana... pero sé bien el tipo de vínculo que tienes."

Ella giró la cara y ahora miraba a Zuri más seriamente. "Pero escucha, como diosa... como hermana... No puedo defender lo que ella te hizo. Eso no fue un acto de divinidad. Fue el gesto de un parásito alimentándose de algo que debía proteger"



Zuri permaneció en silencio por un momento, pero la sonrisa desapareció. "Todavía es extraño escuchar eso de ti. Durante mucho tiempo pensé que todos estaban del mismo lado."

"Lo estábamos", admitió Artemisa suspirando. "Pero eso fue antes de abrir los ojos. Y antes de morir por un error que no era tuyo."

Zuri entrecerró los ojos. "No estoy muerto."

—Lo sé —respondió Artemisa con una media sonrisa. "Y eso es lo que te hace peligroso ahora."...

[Ubicación completamente desconocida...]

El intenso resplandor de la habitación blanca se reflejaba en las inmaculadas paredes, creando un silencio casi sagrado, pesado como el secreto que allí yacía.



En el centro, una mujer se arrodilló y sus delicados dedos se deslizaron con precisión sobre la superficie del escudo dorado. La cabeza que allí descansaba, atrapada como un trofeo, tenía la piel de cobre envejecido, los ojos cerrados para siempre, como si estuviera durmiendo un sueño demasiado profundo para ser interrumpido.

Cada uno de sus movimientos era meticuloso, casi ritualista. El paño que utilizó para pulirlo se deslizó suavemente, eliminando el polvo y el olvido, dando vida a un objeto que no debería haber tenido historia, pero que lo llevaba todo. El silencio sólo fue roto por el sonido amortiguado del cuero raspando contra el metal—, una canción de reverencia y resentimiento.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Hizo una pausa por un momento, mirando el reflejo distorsionado de su cabeza en el escudo. Su rostro inmóvil e inerte era un recordatorio vivo de lo que le habían quitado, encarcelado y silenciado.

Una sonrisa casi imperceptible se formó en los labios de la mujer que pule, fría... "Te has convertido en una gran arma..." Ella dijo sonriendo.

